910
J.
DC 410
.5
.J10
C68

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L:

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

PRIMERA PARTE

SUEZ. — ADEN. — MOKA

A pesar del relato de los viajeros que nunca han abandonado su gabinete, un viaje por mar, sea cual fuere su duración, siempre es triste.

Creo tener el derecho de decirlo, porque después de llevar más de diez años surcando las aguas del mundo, de Francia á la Arabia, de la India al Japón, del Japón á la América y á las más apartadas islas de la Occeanía, no he encontrado todavía un marino que ame sinceramente su profesión y que persista en navegar como no sea obligado por la necesidad de cumplir el deber ó por la de ganarse el pan.

La vida del mar es la ociosidad, la negación de sí mismo, el embrutecimiento de la inteligencia y, al cabo de algunos años, la completa incapacidad para todo aquello que no concierna al oficio.

He visto siempre á los viajeros suspirar después del arribo, al mismo día siguiente de la partida. ¡Qué queréis!... á pesar del lujo y del *confort* de los paquebots, nada hay tan monótono como esas horas que se deslizan lentas, uniformes, al ruido de los golpes de pistón de la máquina y del embate de las olas contra los costados del buque.

Siempre la misma salida y la misma puesta de sol, el mismo limitado horizonte, tan desierto como los mismos desiertos de arena y, por toda distracción, veinticinco á treinta metros de paseo de popa á proa.

Agregad á esto las mismas caras en la mesa, en el salón, bajo la toldilla, en todas partes, tanto más molestas cuanto más desconocidas son; dos ó tres ingleses que trabajan en el trapecio sobre las escalas de á bordo ó levantan espeques á brazo tendido para

continuar desarrollando sus músculos; un melómano, que con pretexto de distraeros os hace ejecutar en el piano, hasta cansaros, á Schubert, á Mozart, á Beethoven; algunos bufones con una carga de chistes de mozo de escritorio, á quienes os agradaría arrojar por debajo de la borda desde el segundo día del embarque, y comprenderéis los gritos unánimes de júbilo con que siempre se señala la aparición de la tierra.

Partimos de Marsella un sábado á bordo del *Péluse*, de las Mensajerías marítimas, mandado por Mr. Jorret, y cinco días después nos encontrábamos en Alejandría. El mar Mediterráneo es hoy más conocido que el lago de Ginebra; huelga, pues, que diga nada en su honor y que excite mi imaginación para dar un poco de interés á una travesía que, á mis ojos, no tiene otro mérito que el de ser muy corta.

No bien hubimos anclado en el puerto cuando el buque fué rodeado por una verdadera flota de botes pequeños gobernados por malteses que venían á ofrecerse á los pasajeros para transportarles á tierra; otros iban dirigidos por egipcios musulmanes, que no desdeñaban ponerse al servicio de los infieles con tal de ganar algunas piastras.

A partir de este momento, el viajero que pone su pie en Egipto debe emplear todo su talento en defender su bolsa, porque los súbditos de su muy graciosa vicemajestad el Pachá son maestros en el arte de desollar al viajero que Mahoma les envía. Escenas de este jaez ocurren á propósito de todo: si alquiláis una embarcación ó un carruaje, si tomáis un guía, si váis al baño, al hotel ó al restaurant, pedid siempre antes el precio si no queréis exponeros á pagar dos ó tres veces el valor de lo que hayáis alquilado, comprado ó consumido.

No os fiéis más del comerciante europeo que de los otros de los bazares; nuestros compatriotas en Alejandría son encantadores, de una amabilidad exquisita... Os hablan con lágrimas en los ojos de esta patria adorada que volverán á ver cuando hayan hecho *su pequeño negocio*... pero pedid antes el precio.

No teniendo, en modo alguno, intención de descansar en esta ciudad, que ya había tenido ocasión de visitar varias veces, la misma tarde de mi llegada partí para Suez pasando por el Cairo, sin detenerme en las obligadas excursiones al lago Mæris y á las Pirámides.

Tenía prisa por hallarme fuera de lo *ya visto* y lejos de las caravanas cosmopolitas que hacían acopio de ladrillos destrozados y de trozos de granito para el adorno de todos los legendarios castillos de la vieja Inglaterra.

No habiéndose terminado aún la rotura del istmo de Suez, tomé el ferrocarril. Era yo el único francés que se encontraba en el vagón, rodeado de gente de todas las naciones: españoles que se dirigían á Manila, holandeses destinados á Batavia é ingleses que caminaban hacia todos los países; no teniendo nadie con quien entablar conversación, el recuerdo, saltando á través de los siglos pasados, me llevó á la época de los primeros dominadores de Egipto y no pude reprimir una emoción profunda viendo el vapor surcar el país de los Faraones.

Soñé en el pasado misterioso de aquella comarca, en todas aquellas generaciones extinguidas que mezclan ahora sus cenizas con el polvo de sus monumentos; en aquella antigua civilización que produjo Tebas, la de las cien puertas, Menfis y las Pirámides... Y por una asociación de ideas fácil de comprender, me preguntaba, sondeando en el porvenir, cuántos siglos todavía las naciones modernas, tan grandes por su inteligencia y sus progresos, resistirían á esa ley fatal que destruye constantemente *aquí* para edificar *allí;* que arrastra las creencias y los pueblos para dar paso á nuevas creencias, á pueblos más jóvenes; á esta ley, en fin, de la muerte fecundando la vida, que parece ser, así en el orden moral como en el material, la primera y última palabra del destino humano.

Atravesamos el Cairo á la una de la mañana. La vieja ciudad de los califas fatimitas ofrecía en aquel momento un singular espectáculo: sus casas dormían sepultadas en la más profunda obscuridad, mientras el remate de las cúpulas, cimborrios, minaretes, flechas y las medias lunas de los palacios, ciudadelas y mezquitas, centelleaban en la noche, vivamente alumbrados por los rayos de la luna que se ocultaba detrás del monte Mogathan.

El sol levante nos sorprendió en medio del desierto. Nada tan monótono como esas vastas llanuras que, formadas por una arena tenue y, por decirlo así, impalpable, son sumisas á la acción del viento que conmueve y riza su superficie como las olas de un lago.

Marchábamos con una velocidad que producía vértigos. Por aquí y por allá, algunos fellahs ó campesinos y guardavías interrumpían su rezo y sus abluciones matutinas para tirarnos sutilísimas hojas de latón sujetas al extremo de un palo; otros, agrupados cerca de sus casitas, pero sin bañarse, apenas volvían la cabeza para mirarnos al pasar; mientras que sus mujeres, repugnantes de fealdad y de suciedad, mal cubiertas con un girón de tela, preparaban fuera de sus chozas el desayuno de la familia.

Pronto la desolada llanura pareció animarse. Apercibimos largas filas de camellos y de pequeños asnos egipcios cargados de provisiones y caminando hacia el mar; á las seis nos hallábamos en la estación de Suez, si con el nombre de estación se puede honrar á un mal abrigo de tablas que la munificencia del virrey pone á disposición de los viajeros que desean vigilar sus equipajes sin exponerse á una insolación.

Desgraciados de vosotros si no habéis tenido el cuidado de pertrecharos de sólidos y fuertes baules que resistan al cuchillo de los señores encargados de cuidar de los equipajes en toda la longitud del trayecto: os exponéis demasiado á encontraros en Suez sin camisa y sin vestidos; todo saco, toda maleta de cuero, reciben numerosas *visitas*, y la hospitalidad es tan tradicional en este país, que se ejerce en perjuicio vuestro, pidiéndoos prestados vuestros pañuelos de seda y vuestra ropa de franela: dos cosas sobre las cuales el Egipto no reconoce vuestra propiedad, del mismo modo que en América no se respeta la propiedad literaria.

Y esto en virtud de los mismos principios.

El Egipto no produce pañuelos de seda ni franelas.

La América produce muy pocas obras de ingenio. Y por eso ambos países toman de otras comarcas lo que les falta.

Si el robo, sin embargo, ha sido demasiado audaz, si vuestro guardarropa ha desaparecido por completo, os dirigís á casa del cónsul, quien, generalmente, al veros entrar y sin aguardar vuestras explicaciones, os dirige la pregunta siguiente:

—¿Viene usted á deponer una querella por robo contra los empleados subalternos del ferrocarril?

—Sí, señor cónsul.

—¿Le han dejado á usted siquiera algo?

—¡Oh! mis baules están intactos; solamente mi maleta, en donde tenía todos mis efectos de uso diario, está vacía.

—Pues reciba usted mi enhorabuena. Yo, en mi primer viaje á este país, me quedé sin camisa.

—¿Y entonces... señor cónsul?

—No puede hacerse nada.

—¿Cómo nada?

—Absolutamente nada.

He conocido un cónsul, hombre de ingenio, que decía, desplegando una sonrisa finísima:

—El día en que os devuelvan en Egipto un pañuelo de seda que os hayan robado, habréis solucionado la cuestión de Oriente.

Al descender del coche fuí testigo de una graciosa escena que alborozó vivamente á los que la presenciamos: fué, como siempre, uno de nuestros buenos amigos los ingleses, quien tuvo buen cuidado de ofrecernos tal diversión. Los caballeros empleados subalternos del ferrocarril egipcio tienen un modo de obrar muy cómodo. Para realizar la descarga de los bultos, se colocan tres ó cuatro en los wagones de equipajes, y, desde allí, arrojan al suelo todo lo que cae bajo sus manos: es una verdadera lluvia de baules, de cajas y de paquetes. Excuso pensar en si los objetos frágiles se resentirán de semejante tratamiento.

Uno de nuestros compañeros, inglés, según acabo de deciros, no encontrando de su gusto semejante modo de obrar, intimó á los empleados del tren la orden de no tocar ninguno de los objetos que le pertenecían; aquellos, ignorando sin duda el lenguaje del *gentlemen*, le echaron encima una maleta. Nuevas reclamaciones enérgicas seguidas inmediatamente de una caja que vino á rebotar junto á las otras.

Agotados sus argumentos y no pudiendo contenerse más, nuestro hombre la emprendió á puñetazos con los empleados recalcitrantes y les echó del wagón. La policía indígena intervino entonces, y ya tomaba el asunto muy mal aspecto cuando, felizmente, algunos viajeros, conocedores de las costumbres del país, terminaron el incidente mediante la entrega de algunas monedas.

El oro: ese es el único Dios adorado en todo el Oriente; para el que posee una cantidad respetable de este metal, no hay ley, ni justicia, ni freno, ni nada que contrarreste sus más insensatos caprichos.

No hay allí pachá, ni cadí, ni un jeque, que no sea sobornable. La suma es proporcionada al rango del funcionario, al servicio que se le pide, á la injusticia que se le hace cometer; y estas ventas se tratan descaradamente, y con tanto impudor que casi siempre el público las conoce hasta en sus detalles más insignificantes.

¡Cuántas veces habré oído á un desgraciado, damnificado por una sentencia administrativa ó judicial, consolarse filosóficamente con estas palabras: «No he dado bastante».

No podría existir de otro modo un país en donde todo pertenece por derecho propio al *amo;* en donde el campesino no es más que un simple usufructuario del sol que fecunda la tierra para su trabajo; en donde el pueblo no es más que una máquina de producción destinada á proveer las más escandalosas prodigalidades y á satisfacer todos los desvaríos y locuras de la autoridad más despótica que pueda haber en el mundo, autoridad que es á su vez explotada por todo lo que hay de embaucador y de perdido en Europa.

¡Triste civilización la de estos países del sol! Y lo que hay de más curioso es ver con qué admirable armonía los escritores que se ocupan de estos países se esfuerzan en poetizarlos, apartándose deliberadamente de la realidad. Es ya cosa de antemano convenida que una excursión á Oriente no debe ser sino una relación de lances siempre encantadores... Y cada cual puede despacharse á su gusto siguiendo las huellas de Lamartine y de otros escritores de la escuela romántica.

¿Se hallan en presencia de una mujer árabe cubierta de andrajos y que lleva un cántaro de agua?... Pues es Rebeca en la fuente... el tipo ardiente y apasionado que... y así hasta concluir. ¿Ven un fellah comido de insectos asquerosos y en cuclillas sobre un camello? Pues ese es el hijo indómito del desierto, por lo que toca al fuego, etc., etc. Y, sin embargo, aquella mujer no es más que un sér degradado, envilecido por la esclavitud y por los placeres de su dueño... En cuanto al hijo indómito del desierto, se le maneja á latigazos... Os seguirá dos horas pidiéndoos limosna y acabará por ofreceros su mujer y su hija.

No sé, tampoco, quién ha puesto en moda los celos de los orientales. Es indudable que los altos pachás, los beyes, los comerciantes ricos, encierran cuidadosamente á sus mujeres en los harenes; pero esa conducta no reconoce otro fundamento que la suma que les han costado; las guardan y cuidan como cuidan y guardan sus armas, sus joyas, sus caballos, y se apresuran á venderlas cuando la vejez empieza á quitarlas frescura y belleza... En cuanto al pueblo bajo, hace un tráfico infame: el tener varias hijas supone una gran riqueza para la familia.

Siento verme obligado, por el plan que llevo trazado, á atravesar el Egipto á todo vapor, porque habría de hacer sobre este país un estudio íntimo lleno de curiosas revelaciones, de hechos que aun están por referir. El verdadero Egipto está todavía por conocerse, y este trabajo no puede en manera alguna emprenderse sino bebiendo en buenas fuentes y vegetando algunos años sobre las riberas del Nilo. Tal vez tenga ocasión de intentarlo á mi regreso del extremo Oriente.

Apenas llegado á Suez, mi primer cuidado fué informarme de la salida más próxima para Aden, y supe con verdadera satisfacción que el *Cambodje*, magnífico navío que efectuaba el servicio de la Indo-China, se hacía á la mar al día siguiente á las seis de la tarde, bajo la dirección del comandante Fehene, quien cuatro años antes me había conducido á Pondichéry, y con el cual me unía una estrecha amistad.

A pesar de esta partida, más próxima de lo que yo esperaba, quedábanme todavía treinta y seis horas para discurrir por una ciudad en donde nada hay que ver, nada que admirar como no sea el más desvergonzado libertinaje. Europa rivaliza en impudor con Africa y Asia.

Aquí moriscas, nubias, mujeres de la costa de Arabia, de todas las edades, de todos los colores, apenas cubiertas con un girón de gasa transparente, os ofrecen á bajo precio sus encantos.

Allí moldavas, válacas, italianas que por la noche cantan en lóbregos cafés, os convidan á ir á escuchar su repertorio *in patito*..., y todo esto sin velo ni recato; es el vicio en lo que tiene de más repugnante... Al lado de aquél, éste es un género de licencia hipócrita que tiene interés en no quitarse la máscara.

En Suez, como en todas las ciudades de prostitución cosmopolita, las alemanas del Norte forman casi siem-

pre las dos terceras partes de esa numerosa clase envilecida. Emigran para consagrarse especialmente á tal oficio, que parece no tener nada de deshonroso para ellas, y que no les impide soñar en Fritz, en Karl, en Hans, á los cuales entregarán, al cabo de algunos años, *un corazón sobradamente puro, puesto que siempre habrán sabido aislar metafísicamente su cuerpo de toda mancilla...* y un *capitalito* que Fritz, Karl y Hans aceptarán generalmente sin reclamar certificado de su origen.

Nada tan extraño como ver el impudor de estas rubias hijas de la Germania. (1) En tanto que las mujeres de otros paises resisten dificilmente toda conversación sobre su pasado, sobre su infancia, sobre su familia, teniendo á menudo buen cuidado en ocultar su nacionalidad, Gretchen, al contrario, conserva perfectamente todos sus sentimientos, se escribe con su familia, se extasía ante los retratos que de sus hermanitos acaban de enviarla, enseña á quien las quiere ver las venerables imágenes de sus viejos padres, con los que volverá á unirse pronto á fuerza de economias... Espera que una de sus primas ó una hermanita vendrá á reemplazarla. El rincón es bueno, está bien acreditado, puede hacerse rápidamente un dotecito. A estas brandeburgesas, pomeranianas y otras, no las sube la vergüenza del corazón á los labios. Son de natural grosero, desprovistas de sentido moral; ningún dolor, ninguna gran caida las conduce allí; la mayoría de ellas desconocen las grandes pasiones del sentimiento y no las lleva á aquel horrible oficio más que el incentivo de una ganancia inmunda, pero fácil...

Los mercados públicos indígenas son de mezquina apariencia; apenas si en ellos se vende más que tabaco, pequeñas tortas de miel, dátiles y algunas miserables provisiones de boca, á las que los árabes de la costa africana, que vienen á Suez á vender pollos y granos, son muy aficionados.

Viendo estas pobres tiendas se piensa involuntariamente en los espléndidos bazares de Beyroth y de Damasco, en los de Bombay y en los de Calcuta, en donde el ámbar, el oro, la seda y la cachemira, se exhiben á montones á los ojos de los visitantes.

(1) Esta página fué escrita en 1868.—N. del A.

Al lado del viejo Suez se levanta la ciudad nueva. Yo la deseo toda la prosperidad que algunos la han predicho... ¡Ciudad árabe perdida en los desiertos ó rival de Marsella! ¿Cuál será su destino?... (1)

Cansado de corretear por las estrechas calles, á las que el sol convertía en verdaderos hornillos, vi llegar con indecible placer la hora de mi embarque. Tenía vivísimos deseos por verme en el mar y renovar mis relaciones con el amable y brillante comandante, de quien, como llevo dicho, había sido ya huésped.

Cinco días y algunas horas de navegación bastaron para conducirnos á Aden, á las puertas del Oceano Indico.

Nada encuentro tan terrible como esta travesía del mar Rojo durante la estación del calor. Tanto de día como de noche falta aire para respirar, y no es raro tener que deplorar algunas veces la muerte de uno ó dos compañeros de viaje, víctimas de una insolación ó de una disentería.

Demasiado felizmente franqueamos este siniestro mar que, en el viaje anterior, había recibido en el seno de sus aguas al médico de á bordo y á una joven holandesa casada hacia seis semanas y que se dirigía á Java. Los dos murieron en pocas horas de un ataque cerebral. Siempre se toman á bordo, contra semejantes accidentes, las más prudentes medidas preventivas y se siguen los mejores consejos; así, en la mayoría de los casos, estas siniestras catástrofes sólo se deben á la imprudencia de los viajeros que afrontan, sin quitasoles ni sombreros, un sol que mata en pocos minutos.

Saliendo de Suez se encuentran á la izquierda tres palmeras que se levantan al otro costado del estrecho que en aquel paisaje forma el mar Rojo, y que indican el punto donde se hallan las fuentes de Moisés... Es allí, según la fábula bíblica, en donde con una simple vara hizo brotar el agua de una roca, etcétera... Sin querer desvirtuar en nada semejante mila-

(1) N. del T.—Obra el canal de Suez de un gran francés, Mr. Lesseps; los franceses no pensaron, cuando se efectuaban las obras, que las contingencias políticas y la influencia inglesa malbaratasen el empeño de levantar una ciudad tan populosa y rica como Marsella en las orillas del canal.

gro, que hoy proporcionaría un honrado medio de vivir á quien lo renovase, digamos que las fuentes de Moisés son tres pozos situados en medio de un pequeño oasis...

La navegación por este mar estrecho y caprichoso es de las más penosas para los oficiales que mandan los paquebots; precisa desafiar constantemente á los arrecifes y bancos de coral que se esconden disimuladamente bajo las olas. El menor desvío de la ruta de navegación puede provocar una catástrofe; así, es ya tradicional que un buen oficial no debe descansar sino de día mientras dura esta peligrosa travesía.

Todos los años dejan aquí las compañías inglesas algunos de sus buques... Ciertas costumbres británicas, después de la comida de la tarde, no deben contribuir poco á tales catástrofes.

No ocultaré que puse el pie en la tierra de Aden con un misterioso sentimiento de curiosidad. Se nos habían referido durante la travesía historias terribles acerca de los salvajes moradores de esta ciudad, y ciertamente que no nos era permitido creer que fuesen inventadas por los oficiales, al estilo de los pasajeros nerviosos que soñaban en el asesinato de Mr. Lambert, nuestro cónsul, crimen que fué acompañado de las más siniestras circunstancias. Además, Mr. Couil, el cónsul actual, nos hizo saber que quince días antes habían sido conducidos desde Aden á la fragata de guerra *Junon*, medio molidos á palos, dos jóvenes oficiales de la dotación. El incidente diplomático á que había dado lugar el suceso no estaba aún terminado.

Estos relatos enfriaron mucho los propósitos de exploración que, á tontas y á locas, habían abrigado los pasajeros; muchos renunciaron allí mismo á tal proyecto, siguiendo el consejo de los oficiales ingleses de la estación.

Por lo que á mí se refiere, como se me había confiado la misión de visitar á Aden y una parte de la costa de Arabia, me hallaba decidido á no retroceder como no fuese ante dificultades bien justificadas.

La ciudad de Aden está sometida tan sólo nominalmente á la autoridad inglesa, la cual no se ha atrevido aún á poner una guarnición. La policía, si tal nombre puede lícitamente emplearse en este caso, se halla formada solamente por indígenas cuya principal ocupación es la de reunir á los habitantes para

robar, y á menudo para matar á los extranjeros á la menor discusión.

La distancia de la ciudad árabe, situada á más de dos leguas en el interior, contribuye no poco á aumentar el peligro de toda excursión que se haga sin antes adoptar las más serias precauciones.

Los ingleses no habitan, ó más bien, no se hallan estacionados dentro, sino en las orillas del mar. Allí han establecido el palacio del gobierno, el hospital y los cuarteles, que son, juntamente con el palacio del consulado de Francia y el de las Mensajerías marítimas, las únicas construcciones del país. Detrás de este grupo de casas se encuentra una media luna de rocas muy elevadas, cada una de cuyas puntas salientes se interna en el mar, aislando completamente del interior, por escarpaduras infranqueables, toda la parte comprendida en este arco de círculo.

Mucho más allá de las rocas, en una vasta llanura arenosa, se encuentra Aden; al ver esta situación es cuando se comprende que sea casi imposible recibir auxilio alguno de la autoridad militar, poco respetada por los árabes, y que, además de esto, apenas se preocupa sino de guardar estos montículos rocosos, en donde ha levantado tantas fortalezas inexpugnables. Los cañones dirigen sus bocas abiertas en dirección al mar.

Por lo demás, los ingleses son francos en este punto. «Ocupamos esta playa—dicen—porque esta estación es la última en importancia para nosotros; esta es la llave de las Indias. Pero más allá de las rocas que tenéis á la vista, acaba nuestro poderío. Marchad á Aden, si lo deseáis, sorteando riesgos y peligros; nosotros no respondemos de vuestra vida».

Nos encontrábamos entonces en la época de las peregrinaciones á la Meca, y la ciudad estaba, según se decía, inundada de negros musulmanes de la inmensa tierra africana, fanáticos bastante más temibles que los árabes. Todo, pues, se confabulaba en contra nuestra aconsejándonos la prudencia. Pero el afán de aventuras, el deseo de ver con nuestros propios ojos las hordas de bárbaros, decidiónos á seis, entre todos los viajeros, á intentar la expedición: los otros no quisieron ó no se atrevieron á séguirnos.

—Apresuraos, señores—nos dijo el comandante del fuerte que había venido á la playa á recibir á algu-

nos amigos—porque, después de la seis de la tarde, esto es, cuando se pone el sol, no permitimos dejar abandonados á los pasajeros en medio de las rocas que nos separan de Aden. Tomamos esta precaución en interés de los visitantes, y por tanto, si queréis creerme, aplazad esa excursión para mañana; durante el día ofrecerá menos peligro; cuando menos no habreis de temer tantas sorpresas.

El buque levantaba sus áncoras al día siguiente á las diez de la mañana, para continuar su viaje á Ceylán; tal determinación, para mis cinco compañeros, que no tenían que desembarcar en Aden, equivalía al abandono completo de su proyecto. «¡Partamos!»—dijeron sin vacilar, y yo comprendí, por su prontitud en decidirse, que tendría en ellos sólido apoyo en caso de que surgiese alguna peligrosa aventura.

Pusimonos en camino á las cinco de la tarde, montados en pequeños mulos del país y armados todos con carabina y revólver.

Un negro, fogonero de á bordo, nacido en Aden, era el encargado de conducirnos, deseoso de emplear su influencia sobre sus compatriotas para evitarnos cualquier mal negocio.

Bromeando, los oficiales del *Cambodje* habíanle adornado con un cinturón rojo y un sable enmohecido; jamás he visto á un niño, á quien se regala el primer juguete, más contento que el negro. En el momento de partir le regalé un pistolete semejante á un pequeño cañón de cobre, y no pudiendo contener su satisfacción dentro de los justos límites, se puso á la cabeza del cortejo diciéndome:

—Ahora, mi capitán (todos los blancos son capitanes para los indígenas de estas costas), si el Moulah no se porta bien, yo le haré sentir el olor de la pólvora.

Habiéndole respondido que yo no conocía al personaje de quien me hablaba, supe que este Moulah era un sacerdote musulmán que gozaba de gran popularidad en Aden, y á quien el rumor público acusaba de haber representado un importante papel, pero oculto, en el asesinato de Mr. Lambert.

Al cabo de una media hora de marcha, á través de los arenales, llegamos á los fuertes ingleses. El único paso practicable para atravesar la montaña es una cortadura á pico, de treinta á cuarenta metros de altura por cinco ó seis solamente de ancho, completamente erizada en el interior de cañones dispuestos en casamatas y escalonados.

Llegados al final de este desfiladero, lanzamos ávidamente una mirada á la vasta llanura que se extendía á nuestros pies, y he aquí el extraño espectáculo que se ofreció á nuestros ojos. El sol iba ocultándose á lo lejos, detrás de las montañas de Hedjar, lanzando casi horizontalmente sus rayos sobre las arenas, que parecían encendidas y de un color rojo sangre; y tan lejos como la vista podía extenderse por aquella llanura, aparecían moviéndose en todos sentidos y escarbando en la tierra bandas de chacales y de hienas, cuyos lúgubres aullidos llegaban hasta nosotros perfectamente traídos en un soplo de viento.

Después de una hora de marcha próximamente, se distinguían ya algunos centenares de casas árabes, apretadas las unas contra las otras, y que, vistas á distancia, con sus techos lisos, uniformes y blanqueados con cal, parecían sepulcros en medio del desierto.

Reflexionando que en caso de aventura peligrosa no habíamos de aguardar otro socorro que el de nuestras propias energías, no pude abstenerme de sentir algunos recelos. Seguíamos en este momento un estrecho sendero trazado en la roca, y tan abrasado por los ardores del día, que nuestros mulos, no obstante el cuerno de sus cascos, estaban desasosegados y prontos á desembarazarse de sus ginetes para sustraerse al sufrimiento que experimentaban.

A medida que avanzábamos, mis compañeros de viaje se mostraban más inquietos, y hasta sorprendí á algunos acariciando nerviosamente la culata de sus revólvers.

¿Qué hubiéramos hecho en aquel momento si hubiésemos podido prever que esta excursión, emprendida al azar y en contra de los consejos que se nos dieran, había de ser fatal para dos de los excursionistas?

Ya no era tiempo de retroceder.

El sol descendía rápidamente, y aun cuando hubiésemos querido retroceder, en nada hubiera esto cambiado nuestra situación, porque la consigna expresa de no permitir á nadie atravesar las fortificaciones después de la puesta del sol, concierne á todos igualmente. Más fácil sería levantar, como el Anfión de la

fábula mitológica, una ciudad á los acentos de la lira, que enternecer á un soldado inglés que ha recibido una consigna; os veria, á dos pasos de su garita, asesinar por los merodeadores árabes ó devorar por las hienas, sin que su paso fuera por ello ni más acelerado ni menos calmoso.

Nos encontrábamos á quinientos metros de la ciudad, cuando oimos vagos rumores que muy luego resultaron gritos roncos y guturales entremezclados con el ruido del tam-tam.

—El aguardiente ha corrido mucho — nos dijo Amondou, nuestro conductor,—el Profeta está contento de sus hijos de Aden, que han ido este año en tropel á visitarle.

—¿Cómo se entiende—le pregunté—que los musulmanes que regresan de la Meca cometan tal transgresión de los preceptos de su religión bebiendo aguardiente?

—¡Oh! mi capitán—respondió Amondou,—el aguardiente es solamente un licor de los blancos; este es el jugo fermentado del cocotero que nos importan las barcas chulahs de la costa de Malabar.

—Sí, pero Mahoma prohibe en general toda bebida fermentada.

—Le repito que no entiende usted nada de eso. Saeb, nuestro divino profeta Mahoma, no prohibe más que los licores blancos.

Admirábame esta argumentación casuista en favor de los compatriotas de Amondou, que son negros del todo ó cuando menos muy bronceados, y me declaraba satisfecho por este último argumento. Hubiera sido, por otra parte, completamente inútil tratar de persuadir á aquel pobre diablo de que el color no hace á la cosa, y que los musulmanes de Constantinopla eran tan blancos como nosotros, á quienes nos calificaba de infieles.

Mientras duró este coloquio franqueamos la sensible distancia que nos separaba todavía de la ciudad y llegamos á un pequeño emplazamiento inundado de árabes, nómadas, negros de origen y africanos de todas las procedencias, que gesticulaban y gritaban hasta desgañitarse como si fueran á venirse á las manos.

No era nada; tan estrepitoso vocerío y tan descompasados gestos no traspasaban los límites de una

amistosa conversación. Una opinión que es necesario ofrecer. La calma es la menor cualidad de estos pueblos.

Pintores y poetas representan á porfía al oriental como un tipo de gravedad y de dignidad... Deben hacer una visita por allá. Cada uno ha pintado ó ha descrito su cuadro con un cielo azul Prusia, el arenal rojo, un camello que camina lentamente, y un árabe acurrucado que fuma su chibuca ó larga pipa mirando deleitosamente ese cielo azul, ese arenal y ese camello.

Por costumbre, los poetas, más insaciables que sus cofrades en colores, añaden al cuadro un pozo con una Aicha cualquiera en disposición de aprovisionarse de agua; la conversación se enreda; Aicha habla el lenguaje de las vírgenes de la Biblia (que no han hablado jamás sino por boca de los profetas, esos poetas de otros tiempos); las respuestas se dan en el mismo estilo, y de ordinario el buen poeta acaba su capítulo insinuando que la morena hija del Oriente no ha sido insensible y que su interlocutor tendrá de ella un eterno recuerdo

No sé, en verdad, lo que obliga á todas estas gentes á estrujar su cerebro para crear tipos que jamás han existido fuera de su imaginación. He habitado largos años en Oriente y en el extremo Oriente, y confieso que, no solamente no he visto nunca tales semejanzas, sino todo lo contrario: he visto con sobrada frecuencia que el hombre era allí peor que en las demás partes; que, ruin, perezoso y depravado, solo cuidaba de satisfacer sus pasiones, las más vergonzosas y las más antinaturales que imaginarse puedan. ¡Digno! ¡Majestuoso el oriental!... ¡Vamos, vamos! Cuando le veáis embozado bajo las columnas del bazar, tendido sobre el diván de un café morisco ó acurrucado en el rincón de la blanca muralla de una mezquita, bien podéis decir atrevidamente y sin el temor de emitir un juicio exagerado: «Aquí tenéis un bruto que dormita ó digiere».

El primer farsante que pasa, y para quien sirve la poesía de cualquier sitio, se extasía delante de esa gravedad, sin querer jamás dudar de lo que otros viajeros han dicho, y de los cuales se sirve á su vez para escribir, desde un punto de vista absolutamente falso, acerca de una civilización que no conoce.

¿Qué valor tiene actualmente la gran familia oriental? ¿Qué papel representa? ¿Dónde están sus invenciones? ¿Qué ha producido? Examinad á fondo esas comarcas que se llaman Egipto, Turquía Asiática, Arabia, Persia, y os desafío á que encontréis en ellas otra cosa que una infancia senil que ha llegado ya al último grado de la decrepitud. No encontraréis ni siquiera en germen, ó á título de recuerdo de más brillantes épocas, la más insignificante de esas ideas sociales y filosóficas que hacen que el hombre se diferencie de los brutos.

Ciertamente que en este cielo de Oriente siempre azul, sus flores, sus perfumes, su vegetación espléndida, provocan los ensueños de la poesía; pero sus más encantadoras producciones no llegarán á ocultar las horrorosas llagas morales de estas comarcas.

. . . . . .

Pasamos sin obstáculos por enmedio de los grupos de que acabo de hablar, y en los cuales me pareció que contaba Amondou numerosos amigos; de todos lados, en efecto, oíamos gritar:

—¡Eh! Amondou, ¿no has venido á la Meca este año?

—Amondou prefiere las rupias de los blancos.

¡Qué hermoso sable tienes, Amondou!

—¿No respondes?

—¿No véis que se ha hecho capitán?

Nuestro guía, traduciéndonos todas estas interpelaciones, sonreía á todos, repartiendo á derecha é izquierda *zalemas* de bienvenida.

En el extremo de la plaza se encontraba una especie de parador público, en el cual un Parsis de Bombay, seducido por los incentivos de la ganancia, vendía á precios exageradamente altos á los raros visitantes, cerveza inglesa y algunas tortas secas. Nos dirigimos allí para descansar unos instantes.

Apenas nos instalamos en la galería del establecimiento, cuando fuimos asaltados por súplicas y ofertas de todas clases. El uno nos proponía llevarnos á un café árabe para hacernos probar el Moka. Otro quería obligarnos á visitar las cisternas. Un tercero nos ofrecía hospitalidad en su tribu; y en medio de este gentío, compuesto en su mayoría por hombres reconocidamente nómadas, á juzgar por su matiz fuertemente moreno y por su antiquísima costumbre de rodearse la cabeza y los riñones con cuerdas de

pelo de camello, se percibían algunos mercaderes de plumas de avestruz y de pequeños objetos curiosos, que conservaban en toda su pureza el tipo de los hijos de Israel. Deseando saber al punto si me engañaba, me informé de su nacionalidad.

—Son judíos—me respondió nuestro guía,—no se ocupe usted de esa gente, Saeb; esos venderían á toda su familia por algunas piastras. Ea, vosotros—dijo á los árabes—echadme fuera de aquí á esos perros.

Casi antes de que nosotros hubiéramos podido oponernos, una docena de bribones se arrojaron sobre los pobres diablos echándoles de la plaza á cordelazos entre las risotadas unánimes de la asamblea.

La situación de los judíos en Arabia, es aun más miserable de lo que fué entre nosotros durante la Edad Media; no hay en toda esta comarca un cheik, (1) como lo hizo el imán (2) de Mascate, que se atreva á perseguir al matador de uno de estos proscriptos. Los israelitas están fuera de la ley, y son necesarias toda su paciencia, toda su obstinación, toda la flexibilidad de su espinazo, para quedarse en un país en donde, á los ojos del cadí, (3) es mucho peor robar un carnero que asesinar á diez judíos.

La noche había cerrado completamente y nadie podría describir el soberbio espectáculo que ofrecía á nuestros ojos la abigarrada turbamulta que nos rodeaba, iluminada por los rayos resplandores de una gran lámpara de arcilla alimentada con grasa de carnero y suspendida entre dos columnas de la galería.

Después de haber hecho preparar antorchas para conducirnos á las cisternas, Amondou nos preguntó cuántos guías considerábamos necesarios para acompañarnos.

No dejó de asombrarnos esta pregunta y en consecuencia advertí á Amondou que no deseábamos acompañamiento alguno, puesto que él mismo, habiendo nacido en Aden, debía conocer tan bien como cualquier otro los sitios que deseaba visitásemos.

Nos encontrábamos en aquel momento rodeados de un centenar de individuos cuyo semblante no tenía nada de amenazador para nosotros.

N. del T. (1) Cheik, joque, jefe entre los árabes.
(2) Imán, sacerdote turco.
N. del T. (3) Cadí, juez entre los musulmanes.

En manera alguna debió entenderlo así Amondou, porque sin preocuparse de nuestras observaciones, resolvió de plano y ajustó á diez de aquellos para guiarnos hasta el día siguiente.

—Esta—nos dijo—es la mejor manera de asegurarse. He escogido los que en el más insignificante alboroto son los más bravos, los más terribles, y ahora nada tienen ustedes que temer de ellos; su honor está ya interesado en que nadie llegue hasta ustedes; son vuestros guías, y aunque hace un instante hubiesen ayudado voluntariamente á desvalijar á ustedes, se dejarían ahora descuartizar por defenderles.

Pusimonos en camino, seguidos de nuestros guardias y de un tropel de chiquillos que chillaban y bailaban delante de nosotros á más y mejor, y con una gran linterna de navío en la mano, nuestro guía nos alumbraba y dirigía la marcha.

A la revuelta de una callejuela, los sones ruidosos de un *cudah* árabe, especie de tambor construído con una calabaza y una piel de camello, nos llevaron hacia un cobertizo alumbrado por algunas lámparas humosas. Una vez allí apercibimos una numerosa concurrencia de negros de ambos sexos, casi desnudos, entregándose, con alaridos guturales y salvajes, á esas danzas extravagantes, llenas de saltos súbitos y contorsiones, que son el acompañamiento obligado de los días de júbilo.

Era fiesta general en Aden y el aguardiente debía correr, en efecto, abundantemente, según decía Amondou.

De todas las calles adyacentes partían ruidos y gritos idénticos.

Comprendimos que en medio de este populacho, exaltado por la danza, por el calor y por las bebidas alcohólicas, nuestra salvaguardia sería, más bien que nuestras armas, nuestra conducta prudente y reservada, y que, contribuyendo todo á hacernos respetar, no podían ser éstas, en caso de conflicto, más que un escaso socorro en medio de aquel populacho tan numeroso como feroz.

Empujados por el deseo de contemplar tan singular espectáculo, entramos resueltamente en el recinto reservado al gentío que presenciaba los bailes sin moverse ni agitarse.

Inmediatamente y como por encanto, los instrumentos cesaron sus roncas melodías, los negros se detuvieron, la concurrencia se puso á aullar y sus gestos parecían acusarnos de ir á turbar sus placeres... Tuvimos algunos minutos de verdadero temor, pero este se disipó pronto.

Amondou, de pie sobre un banco, arengó á sus compatriotas explicándoles que llenos de admiración por su valor, por la belleza del tinte de su rostro y por la perfección de sus danzas... habíamos ido á rendirles el homenaje de nuestra visita amistosa, y que ciertamente dejaríamos á nuestro paso señales evidentes de nuestra generosidad. Terminó su discurso anunciando que los *capitanes* ofrecían café á discreción á toda la asamblea.

A estas últimas palabras, gritos de entusiasmo estallaron por todas partes; y nuestros guías, separando la muchedumbre á puntapies, nos condujeron solemnemente junto á un banco que, por razón de las circunstancias, había cubierto el dueño con una indiana roja.

El café circuló bien pronto con una profusión inaudita y las danzas recomenzaron con más furia. Todo el mundo bebía, excepto nosotros, y ya empezábamos á encontrar aquello algo mortificante, cuando se nos trajo una jarrita de cobre rebosando un líquido oloroso, en tazas del mismo metal.

Mis compañeros se apresuraron á probar el brebaje, y, como yo preveía, arrojaron más que de prisa lo que habían bebido.

—¡Puf!—exclamó uno de ellos.—¡Pero si esto es una infusión de polvos de carbón!

—Es moka—respondí sonriendo.

—¡Esto moka! ¿Usted bromea?

—De ningún modo; no hay otro en Aden. La ciudad de Moka, además, está á dos cortísimas jornadas de aquí.

—¿Cómo, pues, se arreglan estos salvajes para tomarlo así?

—Nada tan sencillo de comprender. En todo el Oriente el azúcar es rara; conclusión lógica: los habitantes de estas comarcas toman su café sin azúcar.

—¿Pero esta papilla?

—Escúcheme usted dos segundos. Como estos pueblos no tienen molino, ni máquinas perfeccionadas para pulverizar, infundir y colar su café, han ad-

quirido la costumbre de moler el grano de Moka entre dos piedras ó de machacarlo en un mortero, y de echar simplemente en el agua hirviendo el producto así obtenido.

—¡Qué! ¿Este es el famoso método de preparar el café que preconizaban Dumas, Gautier y *tutti quanti*?

—Precisamente. Esos caballeros declaran del mismo modo que no lo pueden soportar cuando se ha preparado de otro modo.

—Así, ¿usted cree que esos autores beben en su casa esta atroz mixtura?

—No; yo mismo estoy persuadido de que esos explotadores *de gabinete* del Oriente hubiesen echado á su cocinero á la calle si se hubiera permitido ofrecerles semejante brebaje.

—Crea usted esto que le digo: los orientales tienen la costumbre de beber su café groseramente preparado y sin azúcar, como nuestros pobres comen pan negro en vez de pan de trigo candeal. He vivido mucho tiempo en estas comarcas y siempre he visto, cualquiera que haya sido el lugar en que plantase mi tienda, que mis criados se servían de mis utensilios y me robaban el azúcar para hacer su café. A dos pasos de la Arabia, en la India, en donde la caña da el azúcar negra á vil precio para el pobre, el más ínfimo cooli rechazaría este lodo que los nómadas, las caravanas y el bajo pueblo, toman á falta de cosa mejor.

Así, pues, en Egipto, en la costa de Arabia y en todo el Oriente, el café es excelente, á condición de ser preparado á la europea.

Gracias á nuestras liberalidades y á nuestro respeto hacia sus costumbres, estos negros, que tan terribles nos habían parecido, nos trataron con mucha amabilidad durante las dos horas que permanecimos entre ellos. Cuando fuimos á pagar nuestro convite, vimos que la nota que se había entregado á Amondou arrojaba la insignificante suma de ocho piastras, esto es, veinte francos; con esta cantidad habíamos convidado á todo el mundo... y aun así, entendía Amondou que se nos había aplicado la tarifa de los extranjeros.

Cuando íbamos á continuar nuestras peregrinaciones, un árabe, mostrando por toda vestidura ese eterno tahalí rojo que es el signo distintivo de la policía en casi todas las colonias inglesas, vino á decir-

nos que desde las ocho de la noche estaba prohibido transitar por la ciudad con armas y que nos conminaba á que nos retirásemos al parador de Parsis.

La muchedumbre acogió estas palabras con explosiones de risa ruidosas y burlonas, y una granizada de pullas cayó en seguida sobre el pobre condestable improvisado.

Comprendimos que este simulacro de autoridad, puesta por los ingleses como un maniquí destinado á atestiguar simplemente su posesión, no había sido tomado en sério por los habitantes.

Arrojamos al pobre diablo una moneda; él la recibió con la misma avidez con que un perro engulle un hueso, y para probarnos su reconocimiento se apoderó de una linterna y quiso unirse forzosamente á nuestros guías; nosotros accedimos, sin otro objeto que el de tener á sueldo al representante de la autoridad inglesa.

¿Y no es nadie ese pobre diablo que recibe algunos peniques por pasear en Aden su bastón de condestable? Dentro de quince ó veinte años, tras nuevas generaciones, será autoridad... Y ved cómo los ingleses, sin excursiones militares, sin hacer matar cada año millares de soldados, van imponiendo poco á poco su autoridad á los populachos más feroces.

Dirigíamos nuestra marcha del lado de las cisternas cuando, de repente, nuestro cortejo se detuvo bruscamente y Amondou se acercó diciéndonos rápidamente estas palabras:

—¡Allí tienen ustedes al Moulah!

Vimos avanzar gravemente á nuestro encuentro á un viejo vestido con cierta corrección, quien, después de saludarnos según el estilo oriental, poniendo la mano sobre su frente, nos convidó á una colación que había hecho preparar en su casa en honor nuestro.

Era un hombre alto y de vigorosa complexión, y que, á pesar de sus cabellos blancos, parecía encontrarse en la fuerza de su edad. A juzgar por las muestras de respeto que le prodigaba nuestro acompañamiento, debía ejercer una positiva influencia en el país. Los ingleses le pagan ricamente y se sirven de él sin confesarlo. En el mismo Aden se pretende, sin que ninguna razón fundada venga á justificar tal aseveración, que no se hallaba lejos del teatro del crimen el día en que fué asesinado nuestro infortunado cónsul Mr. Lambert.

No se conoce bien en Europa la odiosa política que este pueblo comerciante persigue en el mar de las Indias y en el extremo Oriente.

Desde que Inglaterra reina sin compartir con nadie su poderío sobre las inmensas regiones del Indostán, pone todos sus cuidados, con una previsión y una tenacidad que nada deja que desear, en impedir que ninguna otra influencia europea, y menos la de Francia, pueda establecerse en un punto cualquiera de las costas que bañan el mar Rojo y el Océano Indico.

Nada escapa á su inquieta investigación. ¿Que un buque de guerra francés viene á estacionarse sobre tal ó cual punto de los lugares que acabamos de indicar? Pues apenas ha partido cuando ya otro buque inglés viene á echar sus àncoras en el mismo paraje, para efectuar el espionaje so pretexto de un estudio hidrográfico. El almirantazgo quiere saber lo que los franceses han venido á hacer en la costa, y el informe que se envía á Londres certifica hasta la naturaleza de los regalos que pueden haber sido hechos á los cheiks, imanes y otros pequeños soberanos de las costas de la Arabia ó del Africa.

Inglaterra no retrocede ante nada con tal de asegurar la dominación de su pabellón. Si ha desautorizado en pleno parlamento los actos de un Waren Hastings, no creo en tal *mise en scéne*; porque cualesquiera que sean los medios empleados, jamás han devuelto ni devolverá una pulgada de los territorios adquiridos por la espoliación, aunque el espoliador quede deshonrado.

Conviene á la gran masa de la nación inglesa, desheredada, según dicen, de toda influencia política, un vasto campo de maniobras comerciales... Esto á condición de que sufra, sin quejarse demasiado, los privilegios de la aristocracia de otra época. Así, los lores del almirantazgo tienden, con una solicitud que á nada iguala, á conservar una preponderancia marítima que asegure su preponderancia comercial...

El azar, ó como hubieran dicho los antiguos, el *inexorable fatum*, ha favorecido maravillosamente sus intereses en estos últimos tiempos... El rey Radama de Madagascar había desdeñado los regalos y la amistad de la reina por aliarse con Francia... Sus ministros eran franceses... Solicitaba oficiales de nuestra

armada para formar la suya... Pero apenas había comenzado sus reformas cuando fué asesinado en una revolución de palacio... no obstante los esfuerzos del misionero inglés Elliz para... salvarle. ¿Y Mr. Lambert degollado en las costas del mar Rojo?

Mr. Lambert, oficial de infantería de marina y cónsul de Francia en Aden, había ambicionado ardientemente este puesto. Como todos sus compatriotas que han viajado por esta parte del mundo, deploraba amargamente la indiferencia con que nuestro país mira esas regiones, en las que nuestro pabellón sabía antes hacerse respetar, y la facilidad con que cerramos los ojos ante la agitación de nuestros rivales.

Indignado contra esta política astuta y mentirosa, que consiste en presentar la Francia como una nación de tercer orden ante los pueblos de Oriente y del extremo Oriente, Mr. Lambert había concebido la idea de luchar según sus fuerzas contra una política tan poco escrupulosa, y de crear en la costa de Arabia, á cualquier distancia de Aden, una factoría francesa que con el tiempo se transformase en centro de aprovisionamiento para los vapores en estos mares.

Para conseguir tales fines hacía frecuentes excursiones á las tribus; anudaba relaciones de amistad con los jefes, esforzándose principalmente en hacerles comprender que estaba en su interés atajar las usurpaciones de Inglaterra, y que no había mejor medio para llegar á este resultado que otorgar á Francia una vasta extensión de terreno en la costa del mar Rojo por una parte y en la de Omán por otra, por debajo de Aden, de modo que esta última ciudad quedase enclavada, por decirlo así, entre las que habrían de ser posesiones francesas.

La idea se abría camino poco á poco; la desconfianza árabe, que es la más obstinada que conozco, había acabado de ser vencida completamente por nuestro cónsul... cuando un día, sin que nadie hubiese podido prever semejante suceso, al regreso de una excursión, Mr. Lambert fué asesinado en su propia embarcación, á algunos metros de distancia de las playas árabes, un poco más abajo de la estación de Aden, por un puñado de nómadas fanáticos que tenían sus bolsas llenas de oro.

El dolor del comandante inglés de la estación de Aden, de quien Mr. Lambert era amigo íntimo, no